

LOS "MARINES" OTRA VEZ

Hay dos aspectos poderosamente llamativos en la presencia de nuevo de la Infantería de Marina de los Estados Unidos—los tradicionales *marines*—en la República Dominicana. Uno es la vuelta aparente a lo que se había creído superado por completo después de la política del *buen vecino*; el otro, la tendencia llamativa a apoyarse de una manera resuelta en una fuerza militar que las condiciones del ambiente habían llegado a considerar como inadecuada; lo que se comprende mejor si se recuerda que los *marines* ya habían sido enviados al Vietnam del Sur, donde se estuvieron haciendo experimentos con las Fuerzas Especiales formadas con la atención puesta precisamente en esas condiciones tan influenciadas—cuando no dominadas por entero—por el espíritu de subversión y acción guerrillera, característica dominante de las guerras revolucionarias. Sin resultados decisivos en su empleo.

De esto sale una conclusión inevitable: la evidente relación que existe entre ambos aspectos dominantes de la cuestión. Por uno y otro lado se va a parar al mismo sitio: la actualización de una política tradicional que había descansado vigorosamente, cuando resultaba necesario y conveniente, en esa Infantería de Marina, en el especial caso de las relaciones con Hispanoamérica. Atrae en particular la atención el caso de esta *Latin America*, que para los Estados Unidos suele tener un valor y significación especiales, por lo que no han solido admitirse ayudas, colaboraciones o consejos para su definición, interpretación y aplicación.

Por un lado está la afirmación de poder para hacer frente a una situación determinada, en una forma que vuelve a ser añeja; por otro está el poder mismo, encarnado en una fuerza que nació antes incluso que los Estados Unidos hubiesen alcanzado una personalidad internacional reconocida y aceptada, en los días de la guerra de la independencia; aunque con

el restablecimiento de la paz—y el comienzo de la vida independiente—hubiese seguido el mismo destino que otras cosas surgidas para hacer frente a una situación especial y excepcional. No tardó, sin embargo, mucho tiempo en renacer aquel *Marine Corps* creado por decisión del Congreso Continental y disuelto a la conclusión de lo que se suele llamar históricamente la Guerra Revolucionaria o de Independencia de los Estados Unidos. Para ser creado de nuevo por ley del 11 de julio de 1798, con las mismas características que había tenido antes: como rama de las fuerzas armadas destinada especialmente para actuar en colaboración con la Marina de Guerra en la situación de emergencia a que se había llegado con motivo de la guerra entonces existente.

Al igual que otras potencias, en particular otras grandes potencias, los Estados Unidos no siempre han esperado a la declaración de guerra, o la han creído precisa para disponer la intervención militar en los asuntos de otros países. Es más, las intervenciones hechas sin declaración previa—y con mucha frecuencia ni siquiera posterior—de guerra, han sido relativamente frecuentes. Con un total hasta ahora de 148, no falta mucho para que toquen a una por cada uno de los años de vida independiente de los Estados Unidos. En ocasiones casi se ha podido hablar de meros incidentes relacionados con el desarrollo de la política exterior de una potencia dispuesta a cumplir la promesa de acudir en defensa de sus ciudadanos víctimas de abusos y atropellos: como cuando los *marines* desembarcaron en Trípoli, en 1801, para poner en libertad a la tripulación de un barco norteamericano apresado; o como cuando no ha sido ni siquiera necesario llegar al desembarco, según se pudo ver un siglo largo más tarde, al tener noticia Theodore Roosevelt, entonces presidente de los Estados Unidos, de que un ciudadano norteamericano, de origen griego, Perdicaris, había caído en poder de un jefe marroquí, el Raisuni. Bastó con la transmisión de aquella histórica orden: “Queremos a Perdicaris vivo o al Raisuni vivo.”

Otras veces se ha tratado de auténticas acciones militares, incluso de guerra, aunque no declarada, como el desembarco de los *marines* en las Islas Hawaii, en 1893, o en China, en ocasión de la rebelión *boxer*, siete años después; o en Panamá, para preceder al desmembramiento de Colombia, para así mejor acometer, mediante la formación de un nuevo país “independiente”, la construcción del Canal de Panamá; o en la República Dominicana, en 1904, y otra vez en 1916; o en México, en 1915-1917, y, en fin, en otros países de la América Central y antillana. No siempre, casi

nunca, estas operaciones tuvieron como finalidad—ni siquiera como resultado—la expansión geográfica de los Estados Unidos; aunque se hayan dado situaciones de esa clase, especialmente por el Pacífico (Hawai y Samoa, por ejemplo, saltan a la vista con facilidad), por lo que no es del todo infundada, aunque sea un poco exagerada, la apreciación del semanario *Time*: “Los Estados Unidos probablemente han usado ese instrumento—la intervención—con mayor comedimiento, y menos con el propósito del engrandecimiento territorial, que cualquier otra gran potencia en la historia humana.” Si en realidad fuese posible hablar de esa manera, sería inevitable la conclusión de que ha sido muy poco, ciertamente, el comedimiento con que las grandes potencias han hecho uso del poder de que han llegado a disponer.

La “diplomacia del dólar”.

A veces, en particular en relación con el ejercicio de este poder por toda esa región que se extiende al sur de los Estados Unidos, resulta difícil llegar a la conclusión de que la idea de engrandecimiento ha estado excluida siempre de las finalidades perseguidas con estas operaciones. O que la intervención pudiese resultar más aceptable por no llevar como consecuencia inevitable, o acaso ni siquiera probable, el colocar el territorio ocupado bajo una soberanía extranjera. Desde la Doctrina de Monroe al “Corolario de Roosevelt” y a lo que ahora se da en llamar la “Doctrina de Johnson”, se ha podido tener el convencimiento de que estas acciones de intervención militar han solido ser la consecuencia del desarrollo y aplicación de una política que a pesar de tener repercusiones directas para otros países, era de aplicación impuesta, o sea absolutamente unilateral.

“Una mala conducta crónica—dice la famosa declaración que lleva el nombre de “Corolario Roosevelt” a la Doctrina de Monroe—o una impotencia que resulta en un general aflojamiento de los lazos de la sociedad civilizada, puede, en los Estados Unidos como en cualquier otra parte, requerir en definitiva la intervención de alguna nación civilizada; y en el Hemisferio Occidental la adhesión de los Estados Unidos a la Doctrina de Monroe puede forzar a los Estados Unidos, no importa con cuanta desgana... al ejercicio de un poder de policía internacional.”

El “Corolario de Roosevelt” anunció, si no el comienzo de una era nueva en la política exterior norteamericana, sí el comienzo de un período de inter-

vención activa y extensa en la América Central y antillana, con el recurso constante a los *marines*. Hasta el punto de que, como dice Metcalf, autor de *A History of the United States Marine Corps*, los *marines* han llegado a ser “mejor conocidos por las muchas intervenciones que han tenido recientemente (esto se escribió en la década de 1930) en los países de la región del Caribe. Desde comienzos del siglo hasta 1934 han estado comprometidos continuamente en uno o más esfuerzos para la restauración de la paz en esa turbada región: actuando siempre como el brazo fuerte de la política exterior de la nación”.

Y si de la rebelión se puede decir, con T. B. Reed, que en el éxito está su sola justificación, de la intervención se puede decir que mucho es lo que depende del ambiente y, sobre todo, de la ocasión. Porque pueden ser posibles las situaciones en que el éxito mismo parece llevar dentro de sí un factor de suerte capaz de convertirse en descrédito y, en definitiva, hasta de oprobio. S. E. Morison, el gran historiador y profesor, dice en su memorable *The Oxford History of the United States*:

“Una comparación de la política de Roosevelt y Taft en la América Central recuerda el antiguo adagio de que algunas personas se pueden alzar con el caballo mientras que otras no pueden ni asomarse siquiera al establo, para echarle un vistazo. El secretario (de Estado) Knox firmó tratados con Nicaragua y Honduras similares a los de Roosevelt con Santo Domingo, suscribiendo empréstitos norteamericanos con una garantía norteamericana contra la revolución y el desfalco. Los tratados de Knox fueron rechazados por el Senado y su política, tanto allí como en el Lejano Oriente, fué llamada *diplomacia del dólar*. ¡Y con nada menos que los *marines* para cortar los cupones de *Wall Street!*”

No deja de ser curioso lo que el mismo Morison dice unas cuantas páginas más adelante, al hablar de una situación nueva, con un presidente demócrata en la Casa Blanca, al cabo de años de presidentes republicanos. En algunos momentos pudiera casi pensarse en una situación con cierta analogía con la actual, aunque entonces sólo se tratase de continuar con la ya tradicional política republicana, y ahora sea—o parezca ser—para retirarse de una vez de la variación que vino a suponer la política del *buen vecino* que había sido iniciada por otro Roosevelt y continuada, con mayor o menor entusiasmo, por los que le siguieron en la Casa Blanca, y con mucho entusiasmo por el presidente anterior, que es quizá la causa de que llame la atención con mucha mayor fuerza lo que ahora está sucediendo.

“El presidente Wilson, en 1913, no estaba interesado en los asuntos exteriores, y Mr. Bryan usaba el Departamento de Estado principalmente para el fomento de los tratados de arbitraje obligatorio. En un discurso pronunciado el 17 de octubre de 1913, el presidente declaró, ante los oídos un tanto escépticos de la América Latina, que los Estados Unidos jamás añadirían a sus dominios un palmo de terreno por medio de la conquista; pero en la práctica continuó en el Caribe la *diplomacia del dólar* de Taft y de Knox. Haití, en las garras de la revolución, fué ocupada en 1915 por los *marines* de los Estados Unidos, y al cabo de diez años (la primera edición de esta obra es de 1927) sigue siendo una dependencia colonial del Departamento de la Marina. Nicaragua quedó convertida en un protectorado financiero, como la República Dominicana, que, al mismo tiempo, avanzó hasta alcanzar el estado de una república ocupada. Por otra parte, Wilson renunció a la participación norteamericana en el empréstito de tres potencias a China, que Knox (el anterior secretario de Estado) había dispuesto.”

Han llegado los hombres.

Lo que ahora está sucediendo hubiera llamado mucho menos la atención, es evidente, de no haberse producido un salto de años, treinta por lo menos, a lo largo del cual no se podría decir que se había encontrado a un solo *marine* norteamericano en el desempeño de una función, más allá de las fronteras nacionales, con un carácter esencialmente político, con el carácter que movió a más de un historiador a considerar a la Infantería de Marina como un instrumento poderoso y eficaz de la política exterior de la nación. Ha habido, por supuesto, *marines* por el extranjero; pero o bien se les encontraba disfrutando de lo que a veces podía considerarse como un largo período de vacaciones, en una base como la Guantánamo, o prestando servicios de vigilancia y centinela en embajadas y consulados, o llenando funciones netamente militares, como en los días de la segunda guerra mundial y de la guerra de Corea. Ni en un caso ni en el otro podían considerarse como fuerzas de ocupación o como instrumentos de intervención. Eran una parte de las fuerzas militares de una potencia en guerra. Para hacer buena demostración, además, de tener bien ganado el gran prestigio de que gozaban como una fuerza extraordinariamente disciplinada, preparada y valiente, capaz por sí sola de imprimir un rumbo especial y con frecuencia favorable a la marcha de los acontecimientos. Podía ser jactan-

cia pura aquella observación que se puso en boca de un *marine* que acababa de desembarcar en Corea del Sur, en la parte de Corea del Sur que no había sido desbordada y ocupada ya por los ejércitos del Norte, que parecían estar a punto de eliminar lo que quedaba de la cabeza de puente o sea poco más de Fusan, al dirigirse a unos soldados regulares, muy jóvenes todos: "A un lado, muchachos—observó en actitud condescendiente—, acaban de llegar los hombres."

En Corea se encontraron con la ocasión, una vez más, de repetir la demostración de lo que se había demostrado siempre que los *marines* habían tenido que actuar como soldados además de servir, como había solido suceder con mayor frecuencia, como el gran instrumento de la política exterior norteamericana, sobre todo por la América Central y antillana. Eso mismo se podría decir, sin duda, ahora que se les encuentra en el Vietnam del Sur; porque aquí, declarada o no, es ya la guerra lo que sucede, mucho más que la intervención, característica de la República Dominicana, a pesar de que las fuerzas desembarcadas en el pequeño país antillano llegaron a pasar, con mucho, de la mitad de las desembarcadas en el Vietnam del Sur. Pero la Infantería de Marina enviada al Vietnam del Sur tiene una misión distinta a la que se ha confiado a la Infantería de Marina—y los soldados paracaidistas de la 82 división—enviada a la República Dominicana.

Lo que sucede a un extremo y otro del mundo, con una distancia intermedia que pasa de los 15.000 kilómetros, no guarda el menor parecido, aunque en un caso y en el otro se trate fundamentalmente de evitar, de impedir, el establecimiento y más aun la consolidación de un régimen comunista revolucionario. En un extremo se ha entrado de lleno en la fase de la guerra, una guerra extraña, por la mezcla de cosas y de influencias, guerra revolucionaria y de expulsión, por un lado; guerra de contención, por el otro, por el que busca tan sólo, por ahora, tener a raya la expansión del poder y la influencia de una potencia que ya es grande y pudiera estar en proceso de serlo en mucha mayor medida. En el otro, se trata, poco más o menos, de repetir una historia conocida, aun en el caso de que sea cierto—no hay motivos serios para ponerlo en duda—lo que se dice sobre la intervención allí de un elemento conocido, el comunista, y el peligro de que esa intervención aumentase rápidamente y se viese convertida en una amenaza como la que ya representa Cuba para los Estados Unidos.

El pez sin agua.

La gran significación que tiene la presencia, al fin, de Infantería de Marina norteamericana en el Vietnam del Sur, está en que aquella guerra ha entrado en una fase nueva que anuncia algo más que el fracaso de la precedente: anuncia también la existencia de incapacidad para hacer frente en la forma soñada a situaciones revolucionarias de esa clase. Entre las cosas en que se había pensado en los comienzos de la era atómica se incluía la necesidad de introducir cambios radicales en la estructura militar, para adaptarla, sencillamente, a unas condiciones nuevas. Se daban por concluídas definitivamente las acciones militares al estilo tradicional, con movimientos de masas en el campo de batalla. Pero uno de los grandes, aterradores, inconvenientes del cambio que se vislumbraba consistía nada menos que en la creación de unas condiciones que no sólo hacían anticuada la guerra tradicional, sino que hacían literalmente imposible la guerra atómica también, ya que sólo podía tener una salida: el holocausto nuclear que afectaría de la misma y espantosa manera a unos y a otros.

De esto salían ventajas extraordinarias para la audacia, para la acción revolucionaria. Los Estados Unidos, especialmente en el corto espacio de tiempo en que estuvo John F. Kennedy en la Casa Blanca, buscaron la preparación deliberada para hacer frente a esa nueva situación con el desarrollo de su inmenso poder en dos direcciones: una, la acumulación de una fuerza nuclear de tales dimensiones y diversidad, en las armas y en los medios de transporte, que garantizase de una manera total y absoluta la destrucción del enemigo que tuviese la osadía de atacar, cualquier que fuese su capacidad para hacerlo; la otra, en la preparación de fuerzas especiales destinadas de una manera específica a la acción revolucionaria y guerrillera que es una de las características sobresalientes de las guerras de liberación.

En las fuerzas especiales, seleccionadas y preparadas con sumo cuidado, secundadas además por el inmenso poder militar y económico de una gran potencia como los Estados Unidos, se encontraría al fin el instrumento adecuado para contener primero y destrozar después la influencia y la acción subversiva de un enemigo cualquiera. El experimento fué ensayado en gran escala en el Vietnam del Sur, pero sin buenos resultados aparentes. La decisión de enviar fuerzas de la Infantería de Marina parece haber fortalecido en sus posiciones a los que nunca habían creído que en un ejército como el

de los Estados Unidos—una potencia que no sólo no es revolucionaria, sino que está dedicada a la idea esencial de hacer que la revolución no sea posible, en primer término, y de evitar que triunfe, en el caso de que pudiese producirse en cualquier lugar que pudiese considerarse como dentro de su “esfera de influencia”—pudiese haber sitio, en realidad, para algo que, cualesquiera que fuesen sus fines y sus propósitos, era la consecuencia de ideas y conceptos revolucionarios.

El envío al Vietnam del Sur de fuerzas de Infantería de Marina venía a confirmar algo más importante, de momento, que el paso a una nueva fase en aquella guerra que era revolucionaria por un lado y antirrevolucionaria por el otro: el fracaso de un experimento que no había podido triunfar por no haber encontrado condiciones—ambiente, el “agua” en que se mueve el conocido *pez* guerrillero de Mao Tse-tung—medianamente adecuadas. En el mejor de los casos, hubiera sido necesario tiempo para la preparación o creación de esas condiciones, mediante una ayuda económica en gran escala, capaz de introducir alteraciones radicales en la vida nacional, y el tiempo era lo que más apremiaba, a causa de la enorme ventaja que habían alcanzado los agentes de la guerra revolucionaria. La presencia de estos *marines* norteamericanos en el Vietnam del Sur significaba, ni más ni menos, que la vuelta a los procedimientos tradicionales, del lado norteamericano, de hacer la guerra.

Una herencia incómoda.

El enorme, casi ilimitado, poder de los Estados Unidos hacía posible el abandono de un experimento fracasado—o el dejar de considerarlo, en cualquier caso, como un factor decisivo de victoria—y el retorno a las ideas y los conceptos tradicionales, de lo que era representación simbólica esa fuerza de Infantería de Marina que al fin se mandó al Vietnam del Sur. Pero lo que, al mismo tiempo, se hizo por la región antillana hacía pensar en la posibilidad de algo más que el retorno a un tipo distinto de tradición. Cualquiera que fuesen las circunstancias en que se hacía el envío de los *marines* a la República Dominicana, resultaba imposible el intento por lo menos de volver la mirada hacia atrás, en busca de precedentes, de puntos de referencia. Para encontrarse con situaciones que se habían considerado como superadas totalmente. Como Wilson, que empezó sus ocho años en la presidencia *sin sentir el menor interés por esa política exterior que*

acabó siendo lo único que acaparaba su atención, Lyndon B. Johnson empezó su mandato con el propósito deliberado de liquidar lo antes posible una herencia por la que no se sentía atraído y que no le inspiraba simpatías, aunque sólo fuese por temor a que le quitase el tiempo, que ansiaba dedicar a su *Great Society*. Todavía en los comienzos de este mismo año se encontraba al presidente Johnson produciendo la impresión del estadista que continuaba firme en su propósito de dar preferencia, al cabo de tantos años de postergación y hasta de abandono, a los problemas nacionales, a la lucha contra la pobreza de fronteras a dentro. Pero en vez de la "Gran Sociedad", como la meta principal de su política, y del programa de la Alianza para el Progreso, como una especie de complemento y prolongación en lo que después de todo forma parte del mismo hemisferio, el presidente Johnson se ha encontrado con la guerra del Vietnam y con una situación revolucionaria en la República Dominicana. Y si desde un punto de vista general, universal, lo del Vietnam parece más peligroso, esa intervención de los *marines* en la República Dominicana que apunta, después de todo, a la inversión de una obra con la que habían querido hacer los propios Estados Unidos una demostración de colaboración activa y convivencia constante con sus vecinos hemisféricos. Una política de *buen vecino*, en definitiva.

Porque lo peligroso de una situación como esa, a la que parecen estar llegando los Estados Unidos, en el caso de no haber llegado ya, está menos en los hechos en sí que en la impresión que sale de los hechos. Resulta fácil, relativamente, llegar a la conclusión, como ha hecho el propio presidente Johnson, de que el objetivo del comunismo en el Vietnam es demostrar que el compromiso contraído por los Estados Unidos, en defensa de la independencia y la libertad del Vietnam del Sur, no vale nada. "Una vez que se ha hecho eso—añadió—se han allanado las puertas y el camino queda abierto para la expansión y una conquista sin fin. Quedan los que se preguntan por qué esta responsabilidad ha de ser nuestra. La respuesta es sencilla. No queda nadie más que pueda hacer este trabajo."

No parece que sea ese el camino, sin embargo, de la República Dominicana. O no pareció serlo al empezar. Después de unos días de espera, la decisión de mandar fuerzas militares a la República Dominicana se adoptó, según las palabras del propio presidente, porque no quedaba otra manera de garantizar la seguridad y la vida de más de 2.000 norteamericanos re-

sidentes allí. “Nuestra gente ha de ser protegida—exclamó—y nosotros tenemos la intención de protegerla.”

¿Qué clase de seguridad?

Pero, ¿se trataba de la seguridad de unas vidas norteamericanas, o de la seguridad de los Estados Unidos mismos? Los acontecimientos empezaron a tener un desarrollo rápido a partir del momento en que se anunció la presencia de 55—en un principio se habló de 58, pero se advirtió la existencia de tres nombres duplicados—comunistas y castristas entre las masas populares dominicanas. Y si ese número parecía ridículamente pequeño en relación con los miles de hombres que se encontraron en posesión de armas de fuego, tal vez se pudiese pensar en el hecho, acaso más significativo todavía, de que a las Embajadas extranjeras empezaban a llegar personalidades y dirigentes que se habían encontrado hasta entonces en el campo rebelde, dirigido por el coronel Francisco Caamaño, y que se sabía pertenecían a partidos y grupos políticos de tendencia moderada. La prolongación de la resistencia misma a la acción iniciada por las fuerzas gubernamentales, primero presentadas por una Junta militar de tres hombres, en representación de las tres armas, de tierra, mar y aire, y cuya figura sobresaliente era el general Elías Wessin y Wessin, y después por un “Gobierno de Reconstrucción Nacional”, encabezado por el general Antonio Imbert Barreras, uno de los dos supervivientes del asesinato del generalísimo Trujillo, cuatro años antes, era un factor probable, acaso inevitable, de radicalización.

Podía ser lo suficiente, tal vez, para que el presidente Johnson se situase al fin ante las cámaras de la televisión, para anunciar, el 2 de mayo, cuando ya las fuerzas militares desembarcadas se contaban por miles, mucho más de lo que hubiera parecido necesario para llevar a cabo la evacuación de los residentes norteamericanos y de otras nacionalidades que desearan salir de allí, lo que de hecho era un cambio total de actitud. “La revolución en cualquier país es—dijo—un asunto de la competencia de ese país nada más. Se convierte en un asunto que reclama la acción hemisférica sólo—repito que sólo—cuando su objetivo es el establecimiento de una dictadura de tendencia comunista. No apoyamos a ningún hombre o a ningún grupo de hombres en la República Dominicana. Nuestra finalidad al mantener los principios del sistema americano es evitar que haya otro Estado

comunista en este hemisferio y nos gustaría hacer esto sin derramamiento de sangre o de lucha en gran escala.”

De hecho, la suerte estaba echada. Para dejar que fuese calando, al menos de momento, el convencimiento de que se había asestado un golpe de muerte a ese sistema americano de que había hablado el presidente mismo, a un sistema que por un lado había creado la impresión nada superficial de haber tenido como aspiración suprema el encontrar una justificación adecuada, “hemisférica”, para la Doctrina de Monroe; y que, por otro, podía considerarse como la culminación del esfuerzo encaminado a repudiar de una manera total, absoluta y definitiva el concepto mismo de la intervención.

La Organización de Estados Americanos, continuación de la antigua Unión Pan Americana, era de constitución reciente: del año 1948. Y el ambiente en que nació, el del “bogotazo”, apenas podía dejar sitio para especular *a posteriori* con la posibilidad de que el peligro comunista fuese capaz de crear situaciones hasta tal punto imprevisibles que en las circunstancias mismas estuviese la justificación o la explicación de lo que se acabaría haciendo: el retorno a una situación como la que se había prohibido. En la Carta de Bogotá, que nunca se hubiese podido aprobar sin el consentimiento activo de los Estados Unidos, se advierte taxativamente que “ningún Estado o grupo de Estados tiene derecho a intervenir, directa o indirectamente, por cualquier razón que sea, en los asuntos internos o externos de cualquier otro Estado. El principio precedente prohíbe no sólo la fuerza armada, sino cualquier otra forma de interferencia o intento de amenaza contra la personalidad del Estado o contra sus elementos políticos, económicos o culturales”.

Un sistema en crisis.

Es este carácter de conclusión definitiva lo que hizo pensar que en la Carta de la Organización de Estados Americanos se resumían las aspiraciones de independencia de las repúblicas hispanoamericanas. Después de todo, era la seguridad, la garantía formal de que estaba a cubierto de todo riesgo o peligro de intervención. Para producirse, inesperadamente, un hecho como el del desembarco de los primeros *marines*, sin haber ni siquiera tenido en cuenta a la O. E. A., cuyo Consejo permanente de embajadores está siempre en condiciones de ser convocado. Y sin que se pudiese argumentar que los acontecimientos no habían permitido otra cosa, ya que

entre el golpe de Estado contra el régimen dirigido por Donald Reid Cabral y la llegada de los primeros *marines*—que se encontraban desde mucho antes embarcados y listos para el desembarco—habían pasado varios días. Ha sido esto y la forma en que ocurrió lo que indujo a *Jornal do Brasil*, importante portavoz gubernamental, a la conclusión que ha sido compartida de una manera general por Hispanoamérica, y que presenta las decisiones del presidente Johnson como “el certificado de muerte de la presente estructura del sistema interamericano”.

Incluso en aquellos medios donde mayor ha sido la simpatía con que se han encontrado los Estados Unidos a lo largo de toda la postguerra, hasta estos mismos momentos, como es el caso de *The Economist*, el importante semanario londinense, se ha llegado a hablar en forma francamente peyorativa de la forma en que el presidente Johnson ha explicado y justificado lo que se había hecho, esencialmente por razones de seguridad, porque “las naciones americanas no pueden, no deben y no han de permitir el establecimiento de otro Gobierno comunista en el Hemisferio Occidental”.

Al cabo de un análisis de la situación, que lleva al ánimo del lector la impresión de que ha habido algo más que el peligro de una repetición de la experiencia fidelista, esa publicación británica observa que “tal vez no importe mucho, salvo para los propios latinoamericanos, que sus susceptibilidades nacionales hayan sido ultrajadas”, para acabar en esta conclusión: “... el que la nación más poderosa y más responsable internacionalmente del mundo, se permita el lujo de la impaciencia, la acción refleja de *primero la seguridad* para luchar contra el cambio donde quiera que pudiesen tener manifestaciones extrañas: esto es un motivo de preocupación”

Y más todavía cuando se advierte algo de lo que ha venido sucediendo en los mismos Estados Unidos, por la forma de actuación del presidente y por las consecuencias que ha tenido y que sigue teniendo. También por este lado resultaría fácil encontrar antecedentes en abundancia, tanto, por lo menos, como los que podrían encontrarse, de no existir la Carta de la O. E. A., en abono de la intervención que ya se dice no podrá concluir ni pronto ni fácilmente, a pesar de la impresión que en algunos momentos se tuvo sobre la verdadera finalidad de los dos tercios, de crear una fuerza armada interamericana para hacerse cargo de las funciones encomendadas a los *marines* y a los paracaidistas de los Estados Unidos. Cosas como esa manera un poco estridente en que *The New York Times* ha recordado a sir Denis Brogan y sus palabras de no hace tanto sobre “la ilusión de la

omnipotencia norteamericana”, para advertir por su cuenta y razón: “Los Estados Unidos no son omnipotentes, pero el presidente Johnson habla como si lo fuesen. No hay nadie más que pueda hacer el trabajo de asegurar *el derecho de todas las gentes a dar forma a sus propios destinos*, dijo en su mensaje al Congreso. Si los comunistas *van a situar a los norteamericanos en peligro*, declaró ante una conferencia sindical en Washington, *a donde los norteamericanos vayan, irá esa bandera (norteamericana) con ellos para protegerlos.*”

Cuestión descartada.

Tal apasionamiento, tal emoción produjo ese envío de los *marines*, que sólo con violencia, con ferocidad casi, parecía posible hablar, para defender o para atacar lo que se había hecho. Algo que se juzgaba inesperado, además de injustificado, y que llevó al moderado y casi siempre imparcial *The Times* de Londres a decir, en la información de su corresponsal en Washington: “Los Estados Unidos están haciendo lo mejor que pueden por aparecer como si se hubiese vuelto al colonialismo americano del siglo XIX, por lo menos en su trato con la América Latina. El enemigo ahora, por supuesto, es el comunismo, pero los acontecimientos en la República Dominicana sugieren que la Administración se reserva el derecho de intervenir siempre que considere que la imposición de un régimen comunista es remotamente posible.”

Todo eso que ha hecho el presidente Johnson, ¿lo hubiera hecho el presidente Kennedy? Es posible que no, en el Vietnam por lo menos, aun cuando el actual desarrollo de la guerra del Vietnam enlaza de una manera directa con lo iniciado por el asesinado presidente. Pero se piensa más en Kennedy por cosas como el tratado de prohibición parcial de las pruebas nucleares y algunas de sus declaraciones, como una hecha en la Universidad Americana, aún no hace dos años, para advertir que si estallase la guerra entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, “todo lo que hemos construido, todo eso por lo que hemos trabajado, sería destruido en las primeras veinticuatro horas”, que por su intensificación de la guerra en el Vietnam y por el intento de desembarco en Playa Girón, operación que, después de todo, se hizo cuando estaba ya él en la presidencia, aunque hubiese estado en vías de preparación desde bastante antes.

No se piensa, sin embargo, en que después de aquella experiencia dra-

mática de abril de 1961, y después de haber desautorizado categóricamente a los que podían acusarle de tener intención alguna de intervenir militarmente en Cuba, Mr. Kennedy había dicho:

“Es preciso dejar constancia de que nuestra capacidad de moderación no es inagotable. Si llegase en algún momento a parecer que la doctrina interamericana de no interferencia, oculta sólo o busca disculpar una política de inacción, si las naciones de este Hemisferio fallasen en el cumplimiento de sus compromisos contra una penetración comunista procedente del exterior, entonces yo quiero que se comprenda claramente que este Gobierno no vacilaría en el cumplimiento de sus obligaciones fundamentales, que son la seguridad de nuestra nación.”

¿Qué habría hecho, en ese caso, el señor Kennedy, de haberse encontrado el 24 de abril pasado en la Casa Blanca, en vez de estar allí el señor Johnson?

No fué esa la primera vez que habló de la misma o muy parecida manera. Lo hizo en varias ocasiones. Una de ellas, dos años después, el 23 de abril de 1963, durante una conferencia de prensa, para advertir que, a su parecer, los miembros de la Organización de Estados Americanos “han indicado con mucha claridad que el marxismo-leninismo y la presencia soviética no son una cuestión que sea aceptable a los pueblos de este hemisferio”.

En el momento de quedar entablada “la lucha de la tiranía contra la libertad”, que según George Meany, presidente de la gran central sindical norteamericana, es lo que hizo necesario el envío de los *marines* a la República Dominicana, la posibilidad de que por allí se dé una “segunda Cuba” ha quedado completamente descartada.

JAIME MENENDEZ.

NOTAS

